

ESPACIOS DE INDIGNACION

MANUEL HERNÁNDEZ B.*

El caso de los Derechos Humanos en Colombia

¿Qué podemos decir sobre una cultura en Colombia cuando pensamos en apropiárnosla y, al mismo tiempo, cómo riñe eso con la pretendida universalidad de los valores occidentales?

Todos quiséramos un mundo mejor de deseo, pero los instrumentos, los métodos, los propósitos y procedimientos, no dan buenas señales. Lo que se ve, por el contrario, es una persecución sistemática de estos pensamientos alternativos:

Es sabido que el Departamento de los Estados Unidos ocultó, en los años setenta, la desaparición de cinco mil campesinos mayas;

Hay cincuenta mil desaparecidos en Guatemala que no se encuentran en las listas de Amnistía Internacional, ni en lista de organización alguna;

De igual manera nosotros, acá, asistimos al desmenbramiento de una sola familia paez, los Aviramas: en los años setenta.

El día que el presidente Gaviria inauguró la Asamblea Nacional Constituyente, hubo una mantanza indígena de veinticuatro personas en Caloto, Cauca. El presidente se dirigió hacia la región y pisó la tierra. Tres años después, por cosas del destino y de mi trabajo, yo me entrevisté una mañana con el presidente Gaviria y le pregunté qué había sentido. El presidente dijo que el hombre de Estado tenía que ser tan frío que esas cosas no debían perturbarlo; dijo que eso lo había aprendido del presidente Barco y del presidente Lleras Camargo.

Dos años después, mataron a una importante promotora regional en Popayán.

* Universidad de los Andes.

a la profesional Laura Simmonds. Entonces pregunté con cierta ironía al Secretario de la Presidencia: "¿Con tanto caucano que hay de clase alta en el gobierno, van a hacer algo?". Y él me contesta que el gobierno en cuestión no podía hacer nada en materia de Derechos Humanos. De noventa mil cartas anuales que llegaban de la Comunidad Internacional, sólo habían podido contestar unas cuatro mil. El Secretario hizo un ademán con la mano y dijo que era un núcleo de la policía de Popayán. Hizo la mano así, como queriendo decir que sabía todo pero que no se podía saber nada.

Yo estaba elaborando un libro de Memorias Presidenciales con base en testimonios tomados en grabadora.

El Frente Nacional

Creo que el curso y la consciencia de lo sucedido está en algunos estudiosos norteamericanos. Hartlyn tiene un libro que se llama **El Régimen Consociacional**, palabra -esta última- que no existe pero que él inventó para poder describir el Frente Nacional. Hartlyn sostiene que el Frente Nacional es un pacto de socios, como si fuese una empresa nacional. Que estos socios hicieron un régimen consociacional que destruyó la gobernabilidad y los principios de la sociedad civil. Se nos presenta un análisis distinto al predicado desde nosotros mismos: que el Frente Nacional se montó como un experimento de convivencia por políticas para superar el conflicto partidista, lo que se ha llamado La Violencia.

Los norteamericanos que nos estudian han llegado a la conclusión de que ese mismo Frente Nacional fue el que, y quien, incubó la actual Violencia, que va a tener una V más mayúscula que la Violencia de los cincuenta y que es la que vivimos cotidianamente, pese a que nos olvidamos de ella, porque es la violencia contra los indígenas y es la violencia contra los modos de vida alternativos, y es la violencia vista desde un punto de vista más amplio, cultural si se quiere, en donde, con el pretexto del conocimiento, también vamos a acabar de barrer con las culturas locales.

Haciendo uso de mecanismos coloquiales, les digo a mis estudiantes que el problema del Frente Nacional es que envió un mensaje subliminal a la sociedad

colombiana: Hay que formarse profesionalmente, comprar carro, intentar comprar casa rápidamente y no hablar del pasado con los hijos.

Los estudiantes llegan a nosotros como personas que no saben lo que pasó, por la sencilla razón de que no hubo una tradición oral a la hora del almuerzo, donde se pudiese volver a construir la memoria histórica de lo que nos había pasado. Hartlyn enuncia eso como horrible. En el mejor de los casos, detrás de ese "calle mijo" hay y está toda una tradición oral.

Memoria histórica

Pienso que el primer acto de violencia es el acto de violencia doméstica que hicieron con la juventud y con la niñez: Por tratar de protegerlos no les contaron el pasado.

Se hicieron a un lado los recuerdos, los cuales nos habrían podido construir una memoria histórica, que es el fundamento de la sociedad civil. Es esa memoria la que articula que la sociedad sea civil, es decir más ciudadana, civilizada y civil, que no sea ni esté armada. En todos los países, cuando se acuña el concepto de Sociedad Civil se está acuñando para distinguirlo de la forma armada con la cual resuelven los conflictos otros estamentos de la sociedad.

No sé si pueda dejar expresa la relación que existe entre sociedad civil y memoria oral, o lo que llamaba Antonio Machado punzar el corazón del tiempo, y a través de punzar el corazón del tiempo, sacar el borbotón de la palabra viva. No puedo usar más que estas metáforas, que espero sean útiles. Tendría que referirme a ciertos esfuerzos personales hechos en Bogotá, y la manera como esos esfuerzos no han podido cristalizar, sino muy parcialmente, respecto al problema de los Derechos Humanos.

La escena del Debate

Algunas personas sabíamos, o creíamos saber, que la sociedad colombiana hacia 1987 iba a entrar en una fuerte espiral de violencia: se gestaría una relación dramática entre impunidad y violación de los Derechos Humanos. Creíamos tener el rumbo, la desgraciada profecía, la predicción y predicación

desdichada, de que las cosas se iban a poner mucho más graves y que la sociedad iba a estar saturada verdaderamente por el problema.

En el año mencionado, algunas personas, tal vez con un poco de ingenuidad, quisimos diseñar un espacio dentro del cual pudiéramos disponer de un conocer de la acción y un conocer del proceso. Era necesario saber hacia dónde se estaba dirigiendo la sociedad colombiana en ese momento. Procurábamos el uso de un discurso relativamente coherente, de carácter gnoseológico y epistémico a la vez.

Convoqué, entonces, a una **Sociedad de Debates** en la *Universidad de los Andes*, con el fin de debatir el tema de la relación Derechos Humanos-Medios de Comunicación.

El primer invitado fue Antonio Caballero, persona crítica de nuestros sistemas de representación democrática y periodista internacional de prestigio, colombiano del cual se puede confiar por no estar tan contaminado con los vicios de esta falta de memoria. Caballero hizo una afirmación profundamente alarmante: Sabía, de buena fuente, que todos los periódicos del país, bajo instrucciones del diario **El Tiempo** de Bogotá, con excepción de **El Mundo** de Medellín y **El Universal** de Cartagena, un total de cuarenta y ocho periódicos, hicieron un pacto al final de los setentas, durante el gobierno de Turbay Ayala, para no publicar las violaciones de los Derechos Humanos por parte de los militares, porque se consideraba que esa era una bandera de la subversión, como había dicho el Ministro de Defensa en la revista **Alternativa** en 1979. Se consideró que dar constancia de tales violaciones era una conjura de la izquierda contra el establecimiento, contra el sistema, contra las fuerzas vivas y honorables de la nación.

Obviamente, nosotros iniciamos un proceso en el que invitamos a un grupo de personas comprometidas con el tema de los Derechos Humanos y los Medios de Comunicación. En este proceso pasaron algunos egresados de la **Universidad de los Andes**, politólogos, científicos sociales, también un sacerdote del CINEP que hoy vive fuera del país y amenazado de muerte, el padre Javier Giraldo. El caso de Giraldo es muy claro: se comprometió con las violaciones

a los Derechos Humanos de los grupos militares y paramilitares de Puerto Boyacá y San Vicente de Chucurí, y en esa condición fue amenazado de muerte; luego fue desplazado a Norte de Santander, y de ahí, fuera del país.

Otras Noticias

Hacia marzo de 1988 la **Sociedad de Debates** llevaba cuatro meses de funcionamiento y mataron al Presidente del Comité de Derechos Humanos de Antioquia, Héctor Abad Gómez. El Ministro de Gobierno, Cesar Gaviria, salió por televisión diciendo que en Colombia había ciento cuarenta grupos paramilitares. Simultáneamente llegó al país Jair Klein, con el objetivo de adiestrar a los Rodríguez Gacha en la Isla de la Fantasía y a los ejércitos de desocupados captados por Pablo Escobar en Puerto Triunfo; de ahí Klein sale para Apartadó. Ese gobierno por un lado decía que había ciento cuarenta grupos paramilitares, pero por otro lado atendían en su despacho a Jair Klein.

Para mí es claro que Klein percibe la situación de Antioquia y pone por condiciones el desaparecimiento de Abad, por la sencilla y no sencilla razón de que Abad era un hombre de altura moral impresionante, cuya figura iba a significar una talanquera poderosa a este fenómeno de las relaciones entre Rodríguez Gacha, Escobar y los paramilitares del Magdalena Medio.

Como era de esperarse hubo que cancelar la **Sociedad de Debates**, no por presión interna de la Universidad sino por la alta inconveniencia que resultaba a varias personas, yo entre ellas. Al cancelar nuestra Sociedad sufrimos la usurpación del miedo. Parece que el partido comunista, para desestabilizar los sectores de las fuerzas militares más derechistas, publicó una lista apócrifa de amenazados de muerte, en la cual aparecían Carlos Vives y Vicky Hernández y un poco de gente "zanahoria".

La Sociedad, en fin, fue visitada por personas especializadas en el tópico de los Derechos Humanos en Colombia. La última sesión fue con la Presidenta de la Asociación de Familiares de Desaparecidos, ASFADES, doña Josefa de Joya, madre de un estudiante de la Universidad de los Andes, cuyo hermano Hildebrando había desaparecido tres o cuatro años antes. La Universidad no sabía que uno de los hijos de doña Josefa era alumno de la Universidad.

presencia del cóndor y el jaguar, para que sea su recipiente de beber yagé, con el tamaño de la medida que corresponde a un niño de su edad. Bebimos todos los asistentes a la sesión y cuando ya estábamos embriagados con el enteógeno, después de cantar-invocar sus potencias, nos vestimos, Shinÿe y yo, con la potencia de jaguar-cóndor. Tomé en una mano la espada metálica que me donó en su conjuro Taita Martín Agreda, le expliqué a Shinÿe que íbamos a volar hasta Sol, le tomé su mano con mi mano y ascendimos en vuelo hasta la maloca de los antepasados, donde habitan todos los difuntos. Una bruma-nubosa-blanca-transparente conforma su consistencia y la rodea. Su arquitectura es la de las malocas rectangulares del Vaupés, con los diseños del yagé plasmados en sus paredes tejidas de fibra-vegetal-nubosa. Su techo es de palma-nubosa. La puerta oscila adentro-afuera, afuera-adentro en la bruma-nubosa-transparente que conforma el interior de esta maloca. Adentro fluye el movimiento de esta bruma en vibraciones y oscilaciones. Nos quedamos un rato observándola, escuchando el silencio de las vibraciones y oscilaciones de la nubosidad de ese espacio. Shinÿe quiso entrar, lo sentí en una leve sensación en su mano. Le expliqué, casi en un susurro, que allí no era donde íbamos. "Esta es la morada de nuestros antepasados, los difuntos. Ahí habitan nuestros abuelos, los abuelos de los abuelos de los abuelos de nuestros abuelos. Ahí van a estar tus abuelos y tus padres. Ahí vamos a estar nosotros..." Shinÿe observaba con mucha atención. La maloca empezó a transformarse configurando todas las arquitecturas posibles, conocidas y desconocidas. Así es esta maloca, es la arquitectura para todos los antepasados posibles, en la persistencia de su consistencia bruma-nubosa-blanca-transparente que configura las formas, diseños y colores de todas las arquitecturas.

Renovamos nuestro vuelo en ascenso. Un leve impulso con los pies y ya cruzábamos el espacio nuboso. En vuelo veloz, arrojé la espada al centro del nuevo nivel cósmico. Una fuerza imantada la atrajo con vertiginosidad hacia su centro, al tiempo que ascendimos y cruzamos este nivel. Al empezar a cruzar este espacio y arrojar la espada al centro de él, se creó un vacío por el que ascendimos a gran velocidad. Sólo quedó la sensación de cruzar por un espacio con el profundo color del vacío. En el instante de cruzarlo, retornó a mi mano la espada. Ahora era refulgente, con el color brillante y vibrante del fuego. Retornó a mi mano con una fuerza mayor de espada-guerrera. Ya estábamos en el nivel cósmico de Sol.

del concepto de la Cultura del Terror y el espacio de la Muerte. En mi revista *Falsas Riendas* se publica la traducción del capítulo segundo del libro de Taussig: "Cultura del Terror espacio de la muerte, variaciones del Informe Casement". Taussig se expresa contra todos los que hablan de un chamanismo "zanahorio". Para Taussig el chamanismo es algo más profundo, o sea, como dice Llanos, un espacio comprometido con el eros y el tánatos, un espacio comprometido con el exceso, como dice Bataille, en tanto que vida y muerte. Y solo podemos entender la aparente ferocidad de la estatuaría de San Agustín en tanto que es un espacio de exceso, de construcción de una libido desmesurada que igual se dirige hacia el amor e igual se dirige hacia la muerte.

El espacio del terror es un montaje, dice Taussig, que hacen estas sociedades como parte de su proceso de resistencia para soportar el terror que viene del sistema. Para Taussig, el surrealismo de Benjamin y el terror del chamanismo vienen a ser estrategias del montaje de sociedades resistentes a poderes centralizados. Es una teoría bastante aguda, muy brillante.

En ese estado estaban las cosas cuando el profesor Taussig pidió un año de trabajo en Bogotá. Dada mi condición de profesor de la Universidad de los Andes, yo estuve cerca de él; por lo menos una vez en la semana tomábamos café o almorzábamos juntos. Taussig siguió investigando y comenzó a pensar que todo esto podría explicarse también como un problema de la ambigüedad con la cual la gente tiene que convivir, con los espacios de la toma de decisiones éticas en una sociedad tan compleja en donde no hay ningún instrumento legal de resistencia a los abusos.

Espacios de Indignación

Con el curso de los años fue especialmente doloroso darse cuenta de que lo que nosotros teníamos relativamente previsto se estaba cumpliendo: Las masacres y los desaparecidos se incrementaron. El Estado colombiano siguió siendo evasivo con respecto a los Derechos Humanos, y cuando su política no fue evasiva, fue definitivamente displicente, indiferente y desdeñosa.

La indignación moral crecía en algunos de nosotros, pero se hacía más difícil hablar sobre esto, y de ninguna manera se podía construir un discurso de

carácter académico. La información estaba represada, y la opinión no estaba disponible, pues la opinión estaba censurada.

Entre 1987 y 1990 el fenómeno siguió creciendo. Se dieron hechos bastante fuertes que la prensa no pudo omitir. O quizás se produjo una contra-orden que modificó los términos del pacto revelado por Caballero. La situación comenzó a filtrarse mucho más y se manifestó cierta indignación, relativamente hipócrita, pero por lo menos compartida entre los medios de comunicación masiva. De cualquier manera, sobre esto uno nunca deja de llevarse fuertes sorpresas. El 16 o 17 de diciembre, pocos meses después de haberse posesionado el Presidente Gaviria, se dió una de las matanzas más fuertes en el Cauca, a donde él se dirigió personalmente. La matanza de la cual hago mención todavía está impune: se sabe que hay una buena cantidad de elementos militares implicados, etc. Pero este es un problema muy complicado del cual no voy a hablar.

Prefiero referirme a la manera como todos estos hechos han efectuado sobre nosotros unas fuertes transformaciones psíquicas, invisibles -naturalmente-, que no solamente han alterado nuestra conducta cotidiana sino que nos han tomado profundamente ambiguos frente al papel que cada uno de nosotros desempeña en la vida cultural y social del país.

¿Nuestro desempeño tenía o no tenía una expresión política? Me refiero a una política que ya no fuese movida por ideologemas sino, en la medida de lo posible, por saberes a través de los que se pudiese construir nuevos **espacios** - y francamente enuncio la palabra- **de indignación**.

El primer espacio de indignación que nos fue cercenado es el que debería corresponder a la sociedad civil si hubiera sabido de una conjura de los medios para eliminar de las noticias lo relacionado con los Derechos Humanos. Desde los **espacios de Indignación** nosotros podríamos haber dicho que la sociedad colombiana estaba indignada. Pero por una u otra circunstancia, nada se pudo hacer. Sucedió todo lo contrario: La sociedad fue cayendo en un marasmo cada vez mayor, y, de alguna manera -lo que ha sido llamado por algunos la tele-tecno-mediatización o la tele-tecnomediación se fue apoderando, realmente, del país. La distancia entre lo que sucede y la representación televisiva de lo que

sucede, se fue haciendo tan grande que lo que sucede ya no tiene importancia, y lo que sucede -ahora- es que la manera como se ve en televisión produce un mensaje que es, más bien, espectacular. El efecto es un espectáculo que subsume y aniquila nuestra capacidad de juego y goce, simultáneamente que cumple de manera formal con el acto de producir la indignación.

Se hacía cada vez más difícil el acceso a un espacio para un individuo capaz de construir un discurso de indignación, un discurso apasionado o un discurso moral, un discurso fuerte de rechazo. Y cada vez era más fuerte la vampirización tele-tecnomediática, usando las palabras que le gusta usar al profesor Mazzoldi, para ese monstruoso momento en que uno no sabe si la televisión le está sacando la lengua a uno, o uno le está sacando la lengua a la televisión.

Sea como fuere, lo cierto es que la vampirización fue aniquilando esas fuerzas individuales. El problema era que los actores, de alguna manera, estaban entre secretos y públicos. Bien sabíamos que era una lucha delirante. Cualquier ideologema que se usara no sería viable ante y frente a la misma realidad que quisiera designar. Estábamos al borde de la imposibilidad de hablar.

Si se hacía mención de la gravedad de los actos paramilitares, el discurso del sistema refutaba con una mención de los actos de la guerrilla. Tenías que explicitar que no querías ni salvar ni condenar a ninguno de los dos. En consecuencia, el discurso te iba llevando a unas aporías especiales, a unos callejones sin salida, en donde finalmente te tenías que quedar totalmente callado y resignarte a la explicación común de que la violencia en Colombia es endémica y de que no hay nada que hacer.

El segundo espacio que nos fue robado es, evidentemente, todo el movimiento de terror alrededor de la llegada de Klein al país y de la eliminación sistemática de personas de la *Unión Patriótica*.

El tercer espacio de indignación, que la sociedad debería haber sentido, cuando se dió cuenta de que lo que iba a venir era una escalada de violencia mucho mayor. Y no nos dimos cuenta porque ya en ese momento habíamos perdido la visión de lo obvio, y también la visión de lo obtuso, que es una categoría barthesiana, que Taussig utiliza de forma personal, y que explicaré posterior-

mente.

La dignidad de las medidas foráneas

Como si todo lo anterior fuera poco, los hechos adquirieron una resonancia internacional de carácter comercial. A partir de los conflictos relacionados con la apertura económica, Colombia tuvo que mandar su carbón a los mercados internacionales, e Inglaterra brincó -perdón, pero hago uso de este coloquialismo- contra los envíos de carbón colombiano y fue cuando se difundieron las películas sobre la utilización de niños y el maltrato de menores y trabajadores en la industria del carbón artesanal en Antioquia y Boyacá. Después, como se sabe, la cosa se complicó más porque comenzó una especie de delirio maniático, absolutamente monstruoso, en donde a la masacre en Urabá correspondía un veto al banano en Europa. No refiero una relación causa-efecto; refiero un paralelismo bastante delirante.

Es decir, nosotros habríamos de soportar la masacre del barrio de la Chinita, pero al mismo tiempo en el país se estaba dando un juego en el cual los propietarios de los intereses del banano, de las firmas de los exportadores de banano, se estaban viendo amenazados por las leyes de protección económica del Primer Mundo, porque el Primer Mundo había encontrado una oportunidad única para amparar su proteccionismo, en este caso denunciar nuestros conflictos de Derechos Humanos.

Perdimos la oportunidad de tener una voz propia para producir una indignación, que podríamos llamar, auténtica, nacida desde una indignación moral verdadera, con criterios que busquen una conciencia del problema. Se había usurpado la bandera de nuestra indignación y eran otros los que estaban indignados. Europa estaba indignada con nosotros y nosotros no supimos si podíamos estar o no indignados.

De otro lado, Taussig viaja a Puerto Tejada porque es cooptado por Fals Borda en los setenta para montar un movimiento de resistencia negra en Puerto Tejada. Esta es una comunidad negra muy importante de recolectores de caña, minifundistas, que manejan parcelas con cacao, etcétera, y que fueron desplazados por los préstamos que el Banco Mundial le hizo a la Industria

Azucarera del Valle del Cauca, otro gran problema que trabaja Taussig en el libro *El Diablo y el Capitalismo*, donde dice que la Industria del Valle del Cauca no ha sido próspera para el país, que todos los colombianos hemos pagado al Banco Mundial los préstamos de la caña de azúcar, que el mito de la agro-industria del Cauca es el mito de una cultura que se sostiene sobre una base mentirosa, o sea la base de producción azucarera financiada por el Banco Mundial.

Entonces, no hay pro-hombres en el mundo de los Eder, ni en el mundo de los Caicedo o en el de los Carvajal, esos no son los pro-hombres industriales. La industria se hizo en detrimento de las economías y de las culturas negras, mulatas y mestizas de la zona de Puerto Tejada y Santander de Quilichao. Es algo tan fuerte que Taussig ya dejó de hablar de eso.

La dignidad de nuestras medidas

Es tan curioso que, en realidad, no supiéramos cómo canalizar esta indignación. Indignación que, en un momento, se convirtió en llanto, y nada más.

En una comunicación que Bruno Mazzoldi me entregó pude leer: "rompí a llorar a la desesperada por no saber decir lo que está pasando en Colombia".

Hay, pues, un saber, hay un decir, hay un no-saber, hay un no-decir, hay un llorar, hay un desesperarse. Pero también hay algo que está pasando en Colombia y que toma, repito, una curva en **crescendo** hacia 1987: la re-iniciación y re-incidencia de procesos de violencia colectiva y social muy fuertes, hasta colocarnos en el incómodo lugar del país más violento del mundo, con una relación de 24.000 homicidios por año.

Naturalmente, no hemos podido construir espacios para dirimir civilizadamente nuestros conflictos. Eso lo sabe cualquier colombiano, y esa certeza aquietta nuestra conciencia personal, y en ocasiones también la conciencia pública. Es nuestra manera sofisticada y elegante de decir las cosas. Y sobre esas bases tan endebles hemos desarrollado discursos fundamentes fuertes como el de la democracia, como el de la Nueva Constitución, como el de Estado de Normalidad, como el del Orden, como el del Desorden Ordenado.

El Sistema Nervioso

Lo que dice Taussig en *The Nervyous System*, es que con base en todo este proceso de terror, la sociedad colombiana perdió el concepto de quién es el agente del terror, el sujeto del terror. El lo descubre yendo a Puerto Tejada:

Taussig lleva el libro **Crónica de una muerte anunciada**, y le dice a un muchacho: "Estoy leyendo un libro en el que todo el pueblo sabía que a Santiago Nasar lo iban a matar y nadie hizo nada". Y el negro le contestó: "No todo el mundo sabía; alguien sabía".

Entonces, eso le ilumina a Taussig la cabeza acerca de lo obtuso, el término de Roland Barthes. Existe lo obvio, sabemos que hay violencia, sabemos que hay muerte, etc. Pero también existe lo obtuso: Obtuso en el sentido de opaco, pero también de cerrado, y también en el sentido de que se resiste. Existiría un significado obtuso que se resiste a ser entendido, una brutalidad inherente, no en el sentido de carencia de inteligencia sino como bestialidad en el sentido más profundo y más estético de la *bêtise*, de la yacencia de la bestia, como en algunas de las piezas más famosas de Flaubert.

Lo obtuso es que deberíamos saber que hay alguien que sabe, pero eso es lo que nadie quiere saber y nosotros tampoco. Es decir, ese es nuestro cuarto espacio de indignación, que también nos han robado, porque es el espacio en el cual nosotros deberíamos haber comenzado a remontar la causalidad histórica y la impunidad para averiguar quién es el que sabe, y sencillamente no lo hicimos.

Ese saber del que no se puede hablar pero que es el único saber que nos permite mantener la seguridad de que no todo es obvio ni que todo es obtuso; de que habría otra relación más extraña entre lo obvio y lo obtuso. Ese saber que alguien sabe y que se queda en un no-saber, en un no-posible enunciar y/o denunciar, se convierte en la acción psíquica por excelencia. Es decir, esa es la eficacia simbólica de los saberes como acciones psíquicas aterradoras de una sociedad como la colombiana.

La Gobernabilidad

El texto de Taussig y otros textos relacionados con la gobernabilidad, hacen parte del proceso de alienación de los Estados Unidos con respecto a Colombia. Se edita el libro y se entrega a una nueva generación de doctorados norteamericanos, que oscilan actualmente entre los 30 y los 35 años, y que no conocen a Colombia, pero han leído a todos los colombianistas que estudian en Estados Unidos el caso colombiano, entre ellos a Taussig y a Hartlyn. Tal generación cree que basados en las redes internacionales de informática pueden saberlo todo.

Supongamos el caso de una persona de treinta y tres años que está haciendo su doctorado, que quiere saber sobre Colombia para un "paper" que tiene que presentar en Washington: El no viene a Colombia; él consulta a Hartlyn, a Taussig, etcétera. Hay una alienación informática sostenida por esta nueva generación de doctores que sostiene, en este momento y en Estados Unidos, que Colombia ya no es un país viable. Ellos, sin querer, están dando la vía libre a la invasión porque si un país no es viable, entonces inmediatamente los Estados Unidos, sustentados en la base académica de su país, dicen que como no es un país viable entonces podemos entrar a desmembrarlo, lo hacemos viable a nuestro acomodo.

Y nosotros, ¿qué tenemos que decir a todo esto si este quinto o sexto espacio de indignación tampoco está a nuestra disposición, porque es un espacio que ya es virtual, el espacio informático? Nosotros no estamos ahí. Esto es lo que yo logro evidenciar, más o menos, hacia Diciembre del año pasado. Es otro espacio de indignación que ya pasó y nosotros no dijimos nada, porque no supimos decirlo.

¿Cómo nos mencionamos?, es la pregunta. Porque nosotros pensamos demasiado en función de ellos. La autopista informática funciona sola, no es de nadie, pero no todos podemos entrar, porque si yo creo en el tema: Derechos Humanos en Colombia, por fuera de las élites que manejan los Derechos Humanos, pues no entro en la autopista informática, pues prefieren oír lo que dice Amnistía Internacional que lo que podría decir yo. Lo de los Derechos Humanos se convirtió, también, en una mafia en Bogotá. No todo el mundo

puede hablar de Derechos Humanos en Colombia.

Como si fuera poco todo lo anterior, el lingüista Noam Chomsky escribió un texto criticando las políticas de Derechos Humanos de la OEA en la medida que podían servir para nuevas medidas de intervencionismo sobre Colombia.

La gobernabilidad, estructurada alrededor de unas bases de carácter administrativo y burocrático, un poco tediosas de enumerar en esta ocasión, está soportada -en general y en el mundo de hoy- en el ensanchamiento democrático que quieren los Estados Unidos alrededor del tópico de los Derechos Humanos y del tópico del Medio Ambiente, ambos vistos y manejados desde una óptica de absoluta conveniencia para los intereses transnacionales mercantilistas de los Estados Unidos.

El caso más evidente fue el que desgraciadamente le tocó protagonizar a México antes que nosotros, caso que todos conocemos desde enero de 1994 hasta marzo de 1995. Del caso mexicano se podrían derivar una cantidad de enseñanzas acerca de lo que sucede cuando los Estados Unidos combinan esas dos formas de posicionamiento en América Latina, la firma de un Tratado de Libre Comercio y las exigencias en Derechos Humanos. Exigencias que se vampirizan, se relacionan en una forma antipodal, antitética con los magnicidios, con la insurgencia popular y con las masacres.

La escena de la cultura

La importancia que yo le doy a este fenómeno rebasa los límites de una preocupación personal. Yo creo que se ha comprendido que el fenómeno es un fenómeno grande, difícil de manejar, agobiador, compenetrador, conflictivo, lo que se quiera y como se quiera calificar.

Pero, independientemente de todo esto, nosotros creemos en la Cultura. Y desde el centro del país nos dicen que haremos un Ministerio de la Cultura, que vamos a hacer una gran cantidad de cosas cultas.

La cultura se nos convierte en el gran distractivo.

Yo no tengo, como se puede adivinar, nada más que una sola vida que es la que le he dedicado a todas estas cosas. Yo no sé si será cultura o no cultura pero me la paso en esto.

Lo que me dice este movimiento político conflictivo, en el cual me encuentro, es que no se podría pensar en una cultura que no partiera de la necesidad de enfrentar seriamente el problema de por qué nos hemos dejado quitar el derecho a la indignación, cinco o seis o siete veces, y cuántas más nos lo vamos a dejar quitar. La cultura, para mí, tendría que ser una cultura que dijese "basta" frente a este fenómeno. En y con una voz colectiva, grande y poderosa, dentro de la cual surjan consecuencias de carácter ético, reglado, en las que la preocupación por el otro sea verdadera y honesta, llena de conocimientos y saberes. Una preocupación verdaderamente auténtica por el otro.

Todos somos escritores

Finalmente, creo que el problema se hubiera complicado más si estuviesen matando escritores. Pero nosotros somos tan poco importantes que ni siquiera nos matan.

En Colombia hay dos niveles de importancia: si tú eres muy importante tienes guardaespaldas; y si eres muy importante del otro lado te matan.

El resto estamos solos, perdidos en el último limbo de este último espacio para la indignación, el séptimo o el octavo, no lo sé. Porque no lo puedo escribir porque se pierde la fuerza, que tiene que ser narrativa.

Cuando digo que es una lástima que no nos estén matando a nosotros los escritores, es porque el último espacio de indignación que le queda a Europa es el Parlamento de Escritores, pero el Parlamento es gremial. Ellos sólo acuden cuando a Soyinca no lo dejan salir; cuando el Ayatola mandó a matar a Rushdie; cuando a Taslima Nassrin, la poetisa libanesa, la iban a bolear. Entonces ellos acuden. Y Goytisolo habla de los serbocroatas y ha creado un *Cuaderno de Sarajevo*.

Y nosotros: ¿Dónde está nuestro Cuaderno de Colombia? Como aquí no están

matando escritores sino que están matando la gente, que es dintinto, no tenemos Cuaderno.

Sólo Antonio Caballero lo interpretó en la revista Cambio 16 cuando la mujer, esa de los cerros que está con el bidón de gasolina al lado esperando el bus, la de la caricatura, dice: "Yo, lo único que no me explico es por qué no me han matado a mí".

Mientras tanto nosotros seguimos siendo el país más violento del mundo. Y mientras tanto tampoco nosotros tenemos mucho qué decir al respecto. Excepto, tal vez, la palabra interior, agustiniana, de Mazzoldi cuando dice, de nuevo: "Desperté a medianoche y honestamente no puedo decir que me puse a escribir. No soy escritor, no sé escribir, ni ahora, aquí en Pasto, ni mucho menos allá lo supe, en esa habitación en que rompí a llorar a la desesperada por no saber decir lo que está pasando en Colombia".

A nosotros, sencillamente, nos van a desaparecer si no creamos un espacio de indignación. Lo único que no es carreta es que nuestros escritores son todos los hombres de este país. Eso es lo único que no es carreta. Y yo he llegado a la conclusión de que la única manera de que pudiéramos realmente hacer algo es teniendo en cuenta que cada colombiano que cae es un escritor que cae, porque todos somos escritores.

Es un problema de conjuntos, es un problema matemático muy sencillo: en el subconjunto de los escritores no caben todos los hombres, pero en el conjunto de todos los hombres cabe el subconjunto de los escritores.

En estos países de culturas orales, en estos países de memorias cercenadas, en estos países de corazones aborbotonados que no pueden decir su palabra, porque está siendo objeto de manipulaciones de poder y de censuras intrínsecas que nosotros explícitamente nos hemos inventado, como las censuras que creó el Frente Nacional sobre el espacio doméstico en Colombia, en estos países que son así, todos los hombres y mujeres son escritores.

Mi propuesta es que si se reúne el Parlamento de Escritores Europeos en Colombia, nosotros debemos llevar una ponencia en la que digamos que todos los colombianos somos escritores, y, en esa condición, nos tienen que dejar vivir.